

Ecología, Ruralidad, Urbanismo, todo eso...

[El derecho a la basura](#), 1987

[Agrofilia](#), 1989

[Plan Nacional del Agua y Regadíos](#), 1993

[Los cerdos alemanes, la Ecología profunda y el fascismo](#), 1994

[Lo urbano y lo rural: calidad de vida](#), 1995

[El malestar del bienestar](#), 1995

EL DERECHO A LA BASURA

© Artemio Baigorri

(Enero, 1987, ¿Publicado en EL DÍA DE ARAGÓN?)

No está claro si los payos hemos conducido a los gitanos hasta los basureros en un empeño inconsciente de desembarazarnos de ellos, o han sido ellos quienes, perseguidos por la Guardia Civil y acorralados por el Tupperware y las vajillas de acero inoxidable, han huido al único espacio que quedaba incontrolado: las femeras. El caso es que ahora ni eso se les quiere dejar, con lo que sólo les quedan dos opciones: o la integración en el ejército estructural de parados asistidos (osea la integración, el rollo de siempre), o bien profundizar en el oficio de traficantes de droga. No me extraña que ellos (¡y cualquiera!) prefieran la femera.

Sin embargo no se trata de un problema de racismo, así que no tenemos por qué nombrar la bicha. Al fin y al cabo ni en Estados Unidos ni en Japón (al menos que yo sepa) tiene la raza gitana notable representación, y sin embargo también en numerosas ciudades de estos países centenares de familias viven de rebuscar entre los desperdicios de los más afortunados. El problema es de civilización, como casi siempre, y si nos paramos un poco más, simplemente de malas entendederas.

De principio hay que decir que si las **femeras** tuvieran conciencia se revelarían ofendidas al verse comparadas, semánticamente, con los **vertederos**. La **femera** constituye, o constituía, una técnica fundamental en el proceso de recuperación de la energía. Es un considerable avance humano en el campo de la agricultura. Cada organismo viviente emplea energía para procesar materias primas y, al hacerlo, produce a menudo algún tipo de residuo. El papel de las **femeras** era hacer retornar esos residuos al ciclo productivo de la

Naturaleza, acelerando el proceso de descomposición de los materiales. Por el contrario, los **vertederos** son espacios en los que aparcamos todo aquello que aparentemente no nos sirve para nada: un sumidero de energía que se degradará las más de las veces en forma de contaminación de acuíferos, malos olores y gases explosivos. Tan sólo los gitanos han hecho que, de alguna forma, el **vertedero** de Zaragoza (como los de tantas otras ciudades españolas y europeas) se acerque a la función de una femera. Para los gitanos seguramente no hay *"desperdicios"*; más bien hay materiales que en ocasiones acaban apareciendo donde no deben, y alguien tiene que ayudarles a completar su potencial energético, reinsertándolos en el flujo productivo...

Así era hasta que apareció el **perro del hortelano**, es decir lo del *"modernísimo sistema"* que titulaba un día el Día. El *"modernísimo sistema"*, en realidad, viene a ser la burla no sólo de los gitanos, que pierden su medio de vida para beneficio de nadie; es también una burla de diez años de luchas, reflexiones y campañas de los ecologistas españoles; una burla incluso de las tendencias mundiales en la recuperación de materiales. Lo que permite este sistema no es hacer desaparecer el problema de las basuras sino, como tantas otras *"soluciones"* modernas, ocultar los síntomas del problema, no sin costosas inversiones (de hecho, a los zaragozanos les va a costar ahora el servicio de basuras más del doble, y además más de 300 zaragozanos se habrán quedado sin empleo; aunque se hayan creado 123 nuevos puestos en FOCSA, la pérdida absoluta de empleos en esta reconversión habrá sido de más de 150, aunque también es cierto que éstos no aparecerán en las estadísticas).

Según los informes anuales de la Dirección General de Medio Ambiente, en torno a 1,5 de las 10,2 millones de toneladas de residuos sólidos urbanos generados en España son sometidos a tratamientos de recuperación. Los cálculos económicos en este campo son todavía escasos y timoratos, sobre todo por la dificultad de calcular y añadir, al montante económico de lo recuperado, las economías externas derivadas de la disminución de la contaminación o de la superficie de vertido precisa, o de otros elementos como puedan ser la recuperación de suelos (tan importante en una región como la aragonesa) con los composts que constituyen uno de los productos recuperados más importantes. Hoy por hoy los cálculos sólo se centran en el valor de algunos elementos recuperados (por ejemplo el vidrio recuperado en España entre 1982 y 1986 evitó la importación de 6.000 toneladas equivalentes de petróleo y el ahorro en materias primas y costes de fabricación de más de 53.000 toneladas; el papel y el cartón recuperados en España en 1986 evitaron la tala de 200.000 Has de monte...). En cualquier caso, la recuperación es todavía cara, sobre todo si se plantea como un sistema perfecto y cerrado y lo medimos en términos estrictamente contables, sin otras consideraciones sociales y/o ecológicas. Como decía Jouvenel, sin duda uno de los más lúcidos pensadores europeos modernos, *"a este respecto debemos alimentar grandes ambiciones, pero sin hacernos excesivas ilusiones. Nuestro sistema de destrucción acelerada no es totalmente recuperable, ni es barato hacerlo"*. Pero aún es más caro despreciar sin más un recurso potencial, limitándose a enterrarlo en cal viva.

De ahí que, en tanto llega esa nueva Revolución que Toffler, Vacca, Johnson, Jouvenel, Woodward y tantos otros anuncian desde ópticas distintas (aunque en sus planteamientos ninguno considere elementos tan fútiles como los gitanos o las basuras, a ver si el "Programa 2000" atiende a estos temas), y en la cual surgirán sin duda mecanismos para acabar con la obsolescencia planificada y el derroche gratuito, debemos ensayar mil sistemas nuevos y viejos. Como están haciendo los Amigos de la Basura en diferentes puntos del Estado, y cientos de grupos y empresas en EEUU, Japón y algunos países europeos. Aquí ha llegado ahora uno de los sistemas más *'nuevos'* (en realidad basado en un sistema biológico tan viejo como la estrategia del avestruz), pero pervive a la vez el sistema más viejo de recuperación. ¿Por qué no intentar una vía intermedia, que haga menos inútil el sistema moderno y más eficiente el antiguo?

En suma, se trata de desterrar de una vez por todas de Aragón al **perro del hortelano**, que tanto daño nos viene haciendo. Que nuestros hijos no se acuerden ni de la jota que lo denuncia desde hace un siglo. Alegar razones higiénico-sanitarias para que los gitanos no rebusquen en las basuras no es un contrasentido: es puro cinismo. En tanto la integración de los gitanos, como una raza más, no parece ir tanto en la línea de arrastrarlos al modo de vida payo como por encontrarse en un punto intermedio, una actitud sensata en lo de la basura incluso ayudaría. Por ejemplo instalando en la femera, en el punto en el que trabajan, un botiquín y unas pilas de agua. Hace diez u once años pasé varias noches observando cómo trabajaban ellos y los empleados del servicio de basuras: como imagino que el sistema habrá variado poco, tal vez fuese conveniente también un pequeño cobertizo con chimenea para que puedan dejar abrigados, mientras trabajan, a los niños más pequeños. Que busquen y rebusquen, que saquen sus 20 ó 30 millones de producción anual (que no es moco de pavo), y luego con el resto que lo entierren, que lo compacten, que hagan lo que quieran los de FOCSA y el Ayuntamiento (sobre todo ir pensando en una solución más racional a largo plazo, por ejemplo formando y ayudando a esos mismos gitanos en la creación de pequeñas empresas basadas en la recuperación y el reciclaje, permitiéndoles obtener un mayor valor añadido por su trabajo).

Con grupos débiles, como los gitanos, es fácil ponerse autoritario, sobre todo si se tiene a la fuerza pública detrás y se lleva mala conciencia en el cuerpo. Desde esa posición es fácil

incluso engañarles, haciéndoles creer que, en una ciudad con 30 ó 40.000 parados estructurales, van a poder entrar en el mercado de trabajo, por muchos cursos del INEM que se les den. Pero si nos bajamos de ese podio, veremos que a la vez es mucho más fácil y barato contentarlos que cuando nos sentamos frente a cualquier otro grupo social. Hace falta sólo un pequeño esfuerzo de comprensión...y de humildad. Empezar por reconocer que, a pesar de toda la marginación, analfabetismo y lastres históricos, han sido capaces de autogenerarse un empleo. Sin universidades, sin planes de desarrollo, sin viajes al extranjero, descubrieron hace 25 años lo que los más espabilados empezaron a atisbar hace apenas 10 ó 15 años: que **la basura es riqueza**. Por eso lo más razonable es que, por lo menos, se queden como están. Como en el chiste.

AGROFILIA

© Artemio Baigorri

(Marzo de 1989, publicado en el diario EXTREMADURA y en el suplemento de Economía de EL DÍA DE ARAGÓN)

Hay dos buenas razones para que en general la prensa de ámbito nacional no atienda más de lo que lo hace a la **Agricultura** y sus problemas: la más comprensible a los ojos de la mayoría es que "**el campo**" es ya algo marginal en la sociedad española; incluso físicamente se ve crecientemente reducido el espacio agrario. La segunda razón (pero no de menor importancia) es que los agricultores no leen la prensa nacional, ni siquiera los dominicales; es decir, no son buenos clientes. De ahí que únicamente en la prensa regional (y no en toda) se de puntual noticia de estos temas.

Por todo esto aquéllos pocos que, en las ciudades o fuera de ellas, seguimos pensando que el campo es algo más que ese estrambótico lugar en el que las gallinas andan con plumas, sin duda nos hemos sorprendido unánime y fraternalmente por la acogida dispensada en la prensa nacional (y de rebote en no pocos periódicos regionales) a artículos que, en general, vienen a exponer la peregrina tesis de que el abandono de tierras de cultivo, por decisión de la CEE, no es sino "un síntoma más de que la raza humana camina hacia su autodestrucción". ¡Por fin!, hasta en las páginas de 'El País' (infalible en todo aquéllo en que el Papa no alcanza a serlo) se advierte a la sociedad española de los peligros que acechan sobre uno de los elementos que conforman, sin ningún género de dudas, nuestra forma de ser y de pensar. Porque España habrá dejado de ser el país "eminente agrario" de los manuales de Geografía; pero desde luego aún hoy el que no viene del campo tiene un pariente en la huerta.

No cabe duda de que, entre aquéllos que venimos planteando dos opciones urgentes (la descentralización a todos los niveles de los desmesurados núcleos urbanos y la revitalización de los espacios agrarios) como parte de las soluciones que pueden permitir acabar con los complejos problemas de nuestro tiempo, los hechos que nos ocupan pueden tener interpretaciones bien distintas.

La decisión de la CEE de primar el abandono **temporal** de tierras de cultivo **de secano** ha despertado, de hecho, una auténtica fobia entre los sectores agraristas más tradicionales (más, diría, que entre los propios agricultores). Aparentemente, parece un desatino: dejar improductiva, voluntariamente, una parte del campo más productivo del planeta.

Mientras que en el resto del mundo miles de millones de personas se las ven y se las desean para comer un poco de grano, en Europa decidimos dejar de cultivar unos cientos de miles de hectáreas, porque **nos** sobran cereales. En realidad, ese es el único argumento de peso que puede oponerse contra la medida, y curiosamente no ha sido esgrimido por nadie. Algunos se limitan a ver en la decisión de la CEE un elemento más, ni el último ni el más importante, en el proceso general de devaluación del **Campo**. Otros lo relacionan con los compromisos cereal-imperialistas asumidos con los USA. En conjunto los lamentos que se escuchan por esta medida no son muy distintos de los que se oían en los tiempos de la Reconversión Industrial. ¿Y qué otra cosa que un sector más de la industria es hoy la Agricultura, y qué otra cosa que una reconversión en toda regla son estas medidas?.

Sin embargo si uno lo piensa a fondo ésta es una de las mejores medidas **comunitarias** que han podido plantearse, y no parece entonces ninguna suerte de castigo divino el que las tierras estén ociosas, tal y como están las cosas. Por supuesto que no entro aquí en los aspectos económico-contables del asunto, que no son de interés en esta reflexión.

De principio, parece mucho más interesante no producir que tirar la producción a la basura. Y se llevan años desnaturalizando miles de toneladas de excedentes que bien podrían

alimentar -no por caridad sino por decencia- a millones de hambrientos. En cuanto a los agricultores y las propias tierras, de ningún modo puede hacerles daño una pequeña subvención para los primeros y unos años de relajado barbecho para las segundas. De hecho, la desaparición de excedentes puede permitir una elevación de los precios de los productos del campo, lo que de paso podría facilitar la recuperación agraria de no pocas economías de países en vías de desarrollo que hoy no pueden competir con los precios políticos de Europa o los USA.

En cualquier caso, la cuestión es otra muy distinta, y curiosamente tampoco se hace referencia a ella en los lamentos jovellanistas que se han alzado por doquier. La cuestión fundamental es que la Agricultura europea ha alcanzado un nivel de drogadicción y dependencia tan alto, respecto de los abonos sintéticos y los productos fitosanitarios, que aparece como más **rentable** dejar de cultivar una parte que rebajar en conjunto los rendimientos, de resultados de rebajar las dosis de estupefaciente. Tal vez porque, como ocurre con cualquier otra droga, no sea posible rebajar las dosis manteniendo sólo rebajas proporcionales en la productividad.

Pues estamos entonces en un momento ideal para empezar a hacer competitiva la agricultura biológica, de forma que el tipo de productos 'limpios' que ésta hace posibles puedan llegar a la mayoría de los ciudadanos a precios aceptables, y de forma que el amor a la tierra que profesan agricultores y agraristas pueda manifestarse eficientemente preservando libre de contaminación fitoquímica una buena parte de la superficie labrada.

Por lo mismo que estamos en un momento ideal para devolver a la Madre Natura tantas tierras que nunca debieron haber sido roturadas, y cuyas bajas producciones nunca han compensado en términos ecológicos ni aún económicos la pérdida de cubierta vegetal y la erosión desencadenada. Por supuesto que hubiese sido mucho más razonable que la CEE hubiese triplicado la prima si en vez de a la ociosidad las tierras se destinasen a su reconversión en bosques, con especies adecuadas, o que decididamente hubiese acompañado esta directriz con medidas concretas de apoyo a la agricultura biológica, pero algo es algo.

De todas formas, no deja de ser curioso que el **amor al campo** haya despertado, entre la inmensa mayoría de agraristas, tan sólo un incontenible deseo de explotarlo hasta la última partícula de su nitrógeno. Fuera de Costa, algún utópico que no cabe citar por desconocido y en las generaciones modernas Gaviria, Naredo y cuatro más, muy pocos agraristas han expresado en España el **amor al campo** en el sentido de entender EL CAMPO como un elemento orgánico y vivo del que puede extraerse provecho, pero al que también hay que cuidar. No por nada, simplemente por aplicar ese **dicho** campesino que advierte que "**hay más días que longanizas**".

En suma, que viva la ociosidad de las tierras que acaba de proclamar la CEE. Sin duda alguno lamentará que se pueda meter a los agricultores, por esta vía, en la sociedad del ocio. Como si hubiese que preservarlos, de por vida, trabajando de sol a sol. O como si hubiese que preservar, a las zonas rurales, como reserva espiritual de Occidente para chanza de los listos de la ciudad.

Plan Nacional del Agua y Regadíos

© Artemio Baigorri

(Intervención en la mesa redonda sobre Regadíos en las **Jornadas de Planificación Hidrológica**, Colegio Nacional de Ingenieros de Caminos, Madrid, Diciembre 1993)

INTRODUCCION

Buenos días. En primer lugar agradecer a los organizadores el haberme invitado a participar en estas jornadas. No sólo porque, en lo personal, ello suponga un reconocimiento de los análisis y propuestas que durante años he realizado en torno a la gestión del agua, y particularmente del regadío. Sino también, y especialmente, por cuanto no suele ser habitual que, desde instancias técnicas, se busque la aportación a estos temas de las Ciencias Sociales.

Tradicionalmente, desde las ingenierías tan sólo se ha aceptado el concurso de los juristas, pero de forma creciente se percibe que la cuestión del agua precisa ser percibida desde múltiples perspectivas para ser comprendida en su totalidad, en su extremada complejidad. No en vano el agua ha sido, como he escrito en alguna ocasión, la causa de los primeros conflictos sociales conocidos en España. El que tal vez sea el documento escrito más antiguo de este país, hallado por los arqueólogos en las cercanías de Zaragoza, hace referencia precisamente a la mediación de los romanos en una grave querrela que enfrentaba a varios clanes por asunto de riegos. Y algunos de los más agudos conflictos sociales detectados en los últimos años tienen relación, precisamente, con la ubicación de pantanos o los trasvases de aguas intercuenas. Aunque no exista una Sociología del Agua, ni una Antropología del Agua, pese a las modestas aproximaciones que algunos hemos hecho, una Política Hidráulica (término que prefiero, por más exacto, al de planificación) no puede basarse, si quiere ser eficiente, justa y perdurable, exclusivamente en criterios técnicos, económicos o aún jurídicos, sino también, en criterios sociales.

Voy a exponer algunas reflexiones derivadas de la lectura del Plan Hidrológico, aunque para ser exactos debería decir de la no-lectura, y voy a hacerlo bajo el prisma de lo que denomino Planificación Eco-Social, un modelo de planificación esencialmente distinto del utilizado en el documento que nos ocupa.

Si digo que mis reflexiones surgen de la no-lectura es porque, precisamente, y esto es un elemento muy definitorio del Plan Hidrológico, prácticamente no se dice nada de regadíos: apenas se les otorgan cinco de las cien páginas dedicadas a nuevas actuaciones.

Tal vez parezca injusto para con un documento que, en otros aspectos, hace notables aportaciones, pero es que da la impresión de que los regadíos se hayan utilizado única y exclusivamente como instrumento metodológico para justificar los trasvases. Desde luego los más tecnocráticos y antiagrarios de entre los antiguos Planes de Desarrollo, aún tratando una temática mucho más amplia, eran mucho más generosos con el regadío que este documento, que está dedicado monográficamente a un elemento del que, por casualidad, el regadío es el principal consumidor. Uno diría que, definitivamente, a los ingenieros del MOPT se les ha caído la palabra canales de su titulación, tal y como dicen que les ocurre a algunos partidos con sus siglas. Con todo cariño les recomendaría a los rectores de esta digna institución, que hoy nos acoge con hospitalidad, que le quiten el moho y le saquen un poco de brillo a la palabra, para que no se les caiga del frontispicio.

Con esta pequeña introducción habrá quedado sin duda muy clara mi posición decididamente favorable a los regadíos. Puede que en parte se deba a ser hijo, nieto y al menos también bisnieto de agricultores de regadío, y haberme criado en un pueblo que lleva al menos dos mil años viviendo de la huerta.

Pero hay también razones objetivas para ello. Con la brevedad que se exige a este tipo de intervenciones, intentaré razonar mi defensa del regadío, y apuntar de paso algunas críticas positivas al tratamiento que el Plan Hidrológico hace del tema. Procuraré hacerlo lo más esquemáticamente posible, con el fin de no robar tiempo al debate, que, al igual que la ponencia que ha abierto la sesión, será sin duda mucho más rico que mi modesta aportación. Para ello me centraré en dos aspectos fundamentales: la relación entre regadío y ecología, y la relación entre regadío y desarrollo económico y social.

1. ECOLOGIA Y REGADIOS

Al considerar la relación entre el regadío y la ecología, aspecto que considero extremadamente importante, hay que señalar la contradicción evidente en que se cae en la memoria del Plan. Pues de un lado se reconoce que *"el regadío permite una mayor diversificación de cultivos, más capacidad de adaptación a los cambios en la demanda, y aumento en la garantía en la producción"*, es decir elementos claramente positivos desde una perspectiva ecosistémica, pero de otra parte, como lleva ya muchos años haciendo el MOPT, se utilizan argumentos bioecológicos como arma arrojadiza contra el regadío. Tal parece que el regadío, y no las industrias químicas, no las centrales nucleares, no los vertidos urbanos, fuese el culpable del lamentable estado en que se encuentran los ríos españoles. De hecho, se llega a decir, por ejemplo, que los acuíferos más degradados desde el punto de vista de la contaminación *"se corresponden, como es lógico (sic), con sectores rurales de intensa explotación agrícola"*. Sin duda las petroquímicas, las explotaciones mineras, las grandes áreas metropolitanas, las parcelaciones de segunda residencia y las urbanizaciones del litoral no se corresponden con los acuíferos más contaminados, a juicio de los redactores de la memoria del Plan.

Desde la perspectiva de la Ecología Social, por el contrario, es indudable que, en el actual estadio del desarrollo tecnoeconómico, el regadío constituye objetivamente un activo ecológico de primer orden.

Las tendencias en la agricultura de los países ricos parecen ir ahora mismo hacia la concentración. Sin embargo, esto ocurre de una forma contradictoria: por un lado los agricultores necesitan cada vez más tierra y mayores producciones brutas para sobrevivir, dado el valor decreciente de la unidad de producto, pero por otro lado se recomienda el abandono de tierras, por varios factores, sobradamente conocidos de todos ustedes. El regadío es sin duda, en este marco, la solución a este dilema en muchas áreas, pues concentra *in intenso*, y no *in extenso*.

Precisamente sólo este tipo de concentración puede permitir la extensificación de la agricultura que hoy se desea. El regadío permite obtener más sin aumentar proporcionalmente los inputs energéticos (salvo que el regadío se base en sistemas antiecológicos como los de elevaciones cuantiosas que, curiosamente, consagran los trasvases propuestos por el Plan). Por cada Ha. transformada en regadío podrían dejar de ser cultivadas entre 5 y 15 Has. de tierras marginales, que recuperarían así su carácter de bosque. Bajo esta perspectiva es absurdo, por tanto, plantear un dilema entre ecología y regadío; es un dilema falso.

Como es falso cuando se plantea en términos de simplificación de los ecosistemas. Desgraciadamente, la introducción de la Bioecología en la planificación hidrológica se viene utilizando de forma creciente como instrumento de contención al crecimiento de los regadíos, en lugar de aplicarse a la mejora del propio ecosistema de regadío. Ahora mismo tenemos en Extremadura casi 100.000 Has a medio transformar, porque a quienes pretenden mantener modelos de desarrollo desigual, frenando las inversiones infraestructurales en las regiones atrasadas para concentrarlas en las áreas más ricas, les viene como agua de mayo la oposición conservacionista local a que se sustituyan unos ecosistemas diseñados por la población hace doscientos años, por el ecosistema del regadío. Obviamente, desde una perspectiva científica calificar de ecosistema *natural* a la dehesa, que es una tecnología productiva determinada por el latifundio y la baja densidad demográfica, y basada como todas las tecnologías agrarias en la selección artificial de especies, mientras se tacha de ecosistema artificial al regadío, es sencillamente una bobada. Las huertas milenarias de los pequeños valles afluentes del Ebro, de muchos valles de Cataluña y el Levante, del Norte de Extremadura, de tantas otras zonas españolas, son ecológicamente mucho más ricas que algunos espacios supuestamente naturales mitificados por los que yo llamaría *eco-4x4*, en honor a los vehículos con los que les gusta patear el campo.

Naturalmente que hay regadíos ecológicos, y regadíos antiecológicos. Del mismo modo que bosques tan *artificiales* como el hayedo de Urbasa, pacientemente construido y mantenido por los madereros y pastores a lo largo de los siglos, son considerados como patrimonio ecológico, y otros bosques artificiales precipitadamente construidos por la ingeniería de montes, como los eucaliptales de Extremadura o Huelva, son un desastre ecológico. Ni siquiera el conservacionista *eco-4x4* más obtuso consideraría antiecológicos los regadíos del Canal Imperial de Aragón, dejando a un lado la cuestión de los pesticidas, fungicidas y fitosanitarios, problemática que es común a toda la agricultura mundial y no específica del regadío. Pero del mismo modo el productivista más insensible ha de reconocer cierta irracionalidad ecológica en elevar agua centenares de metros, transportarla por tuberías a lo largo de cientos de kilómetros, fuera de su cuenca natural, volverla a elevar a montañas brutalmente aterrazadas y practicar monocultivos casi de forma hidropónica. El coste energético y ecológico por unidad de biomasa obtenida es sin duda demencial.

Por ello he abogado repetidamente, en muchos de mis trabajos, porque la transformación en regadío debe plantearse no sólo en términos productivos, sino asimismo ecológicos. Pero no sólo en referencia a los dichosos estudios de impacto ambiental, que siempre dicen lo que pretende quien los encarga, sino en lo que hace a una concepción mucho más rica del diseño. Por ello yo creo que no debería hablarse más de transformación en regadío, sino de diseño de huertas. Evidentemente las microhuertas que debían alimentar a unos centenares de personas no son lo mismo que las grandes zonas regables que deben suministrar alimentos y materias primas industriales para millones de habitantes. Pero el concepto de equilibrio ecosistémico, de riqueza biológica, de integración de biotopos, de armonía paisajística, deberían ser plenamente incorporados. Contamos con los medios técnicos y económicos para ello.

2. EL REGADÍO COMO ACELERADOR DEL DESARROLLO

Partiendo de lo que el conocimiento empírico nos muestra en muchas regiones españolas, creo el regadío debe ser considerado todavía hoy como un inductor del desarrollo y, sobre todo, como un factor de modernización y progreso social. Por decirlo en términos más tecnocráticos, el regadío todavía genera riqueza, a pesar de los pesares (y me refiero a los pesares de los agricultores de regadío, que observa impotente cómo las fronteras españolas se desarman, de forma que vamos a terminar importando hasta lechugas tailandesas).

Aragón, Navarra, La Rioja, Murcia, incluso Cataluña en mayor medida de lo que se cree (habitualmente se olvida que esta región cuenta con más de 200.000 Has de regadío, fundamentalmente en Lérida y Tarragona, pero también en el Maresme, en las mismas puertas de la metrópoli barcelonesa) deben buena parte de su elevado nivel de vida al regadío, que sustituyó al menos desde mediados del siglo XIX a los valles de montaña en la función de acumulación primitiva de capital.

Pero en el otro extremo de los niveles de desarrollo hallamos idénticos factores en activo: Extremadura es desde hace dos o tres años la región con un crecimiento relativo más fuerte, aunque siga estando en la cola del desarrollo económico; y el crecimiento de sus últimos años se basa casi exclusivamente en la agroganadería, especialmente en el regadío, que concentra el empleo agrario y la producción industrial de la región.

Esta función creo que aconseja, en los tiempos presentes, orientar espacialmente la transformación en regadío. Yo creo ahora que el regadío debe concentrarse allí donde quedan agricultores, que vienen a ser además las áreas más necesitadas de desarrollo y modernización, si es que existe una voluntad real de reequilibrio espacial. Cuando se está planteando una planificación hidrológica fuertemente centralizada, y se redistribuye el agua por la geografía nacional a voluntad por parte de ese órgano planificador central, no parece razonable que los pocos regadíos nuevos que se prevén en el futuro más inmediato se repartan graciosamente intentando satisfacer todas las peticiones. No parece muy razonable transformar hoy 100.000 Has. en Navarra, o incluso en Aragón, para luego intentar traer a manchegos, extremeños, gitanos o marroquíes a cultivar y recoger el producto. Parece más razonable transformar en territorios como Extremadura, donde hay un excedente de población activa agraria cercano a las 30.000 personas. En Navarra, Aragón, Cataluña o incluso La Rioja y Murcia lo que hay que poner en marcha son instrumentos de redistribución del dominio, como los Bancos de Tierra, de forma que los pocos agricultores que quedan puedan explotar las tierras de regadío de quienes abandonan la agricultura. Pero plantear en estas áreas nuevos regadíos, mientras miles de Has. de la cuenca del Ebro, incluso de los regadíos más antiguos del Canal Imperial o el Canal de Tauste, permanecen sin regar y yermas, es un despilfarro económico, ecológico y social.

3. CONCLUSIONES

Terminaré con unas reflexiones que, de alguna forma, unifican los dos aspectos del regadío que he tratado, ecología y desarrollo.

La rentabilidad decreciente de la agricultura, y el coste de la energía, desaconsejan hoy los proyectos basados en grandes elevaciones de agua, como lo son hoy todos los que se pueden plantear en el Levante y el Sudeste. Pienso que hay que volver a los grandes planes basados en el suministro por gravedad, aunque ya no podrán ser, en todos los casos, aplicables los sistemas de riego a manta, sino que habrá que introducir sistemas ahorradores de agua. Pero en cualquier caso hacerlos allí donde el agua puede llegar por presión natural.

Por otro lado, el regadío ya no puede cumplir hoy únicamente una función productiva. La agricultura, el campo, cumple funciones medioambientales muy importantes para el conjunto de los ciudadanos, y ya no sólo para los habitantes de las grandes ciudades. Por lo que los nuevos regadíos deben planificarse mediante un diseño meticuloso que permita cumplir funciones ecológicas y paisajísticas. El regadío transforma el paisaje, y los ingenieros deben de volver a los orígenes, a estudiar los viejos regadíos, para que el nuevo paisaje sea ecológica, estética y éticamente rico. En cuanto a la reducción de inputs químicos y energéticos en la agricultura de regadío, no creo que este sea el marco más adecuado para tocar la cuestión, aunque ahí queda citada.

A modo de conclusión diría que, en mi opinión, los dos grandes proyectos, en los sentidos aquí expuestos, pendientes y más necesarios en el Estado son el Sistema de la Margen Derecha del Ebro en Aragón, para el que en un informe sobre el campo riojano publicado hace diez años proponíamos soluciones bastante imaginativas y eco-productivas; y el Gran Canal de Barros en Extremadura. Proyectos que, además, deben permitir recuperar, adaptado a las nuevas realidades sociales, el concepto de Colonización, que debe ser muy distinto del que hemos conocido, y que a pesar de sus grandes aciertos ha quedado obsoleto por muchas razones que no vamos a discutir aquí. Pero debe ser mucho más prioritario el Gran Canal de Barros, por cuanto en este caso el regadío podrá cumplir mucho más eficientemente la función de desarrollo. Y aún debe ser más prioritario terminar los regadíos de la Zona Centro de Extremadura, bloqueados desde hace años a medio construir.

LOS CERDOS ALEMANES, LA ECOLOGÍA PROFUNDA Y EL FASCISMO

© Artemio Baigorri

(Diciembre 1994, publicado en el diario EL PERIÓDICO DE EXTREMADURA)

Dos camioneros españoles, pillados *in fraganti* cuando atormentaban a una piara de cerdos (en 24 horas no les dieron comida ni bebida), se han pasado 14 días en las cárceles alemanas, y veremos en qué queda la cosa. Los cerdos no iban camino del Búndestag, ni siquiera de un zoológico. La prensa oculta su destino, pero intuyo que era el matadero, para ser luego devorados en forma de salchichas, o recocidos y aliñados con col fermentada.

¿Cómo no recordar que las *mejores* leyes de protección de los animales fueron promulgadas por los nazis, cuyo Führer gustaba decir (gritar) que “*en el nuevo Reich no debe haber cabida para la crueldad con los animales*”? Para los ecologistas críticos (que los hay), existe una estrecha conexión entre aquella zoofilia hitleriana, que compartía boletín oficial con la determinación de convertir en jabón a los judíos, y ciertas formas de entender la ecología (la *deep ecology*, o ecología profunda, de los anglosajones), con creciente predicamento en los países desarrollados, que se caracterizan por su feroz antihumanismo.

Luc Ferry ha hablado del *desarraigo* como la esencia de las sociedades democráticas que surgen de la Ilustración: desarraigo del terruño (internacionalismo vs. nacionalismo), desarraigo de la naturaleza (*poder ser* del hombre civilizado vs. *deber ser* del hombre limitado por las fuerzas naturales), desarraigo de la tradición (libertad vs. opresión de lo establecido). Y ha señalado que es contra ese *desarraigo* contra el que se alza la *deep ecology*, con su trompetería apocalíptica.

Porque hay ciertamente un ecologismo que cree en el futuro, en la capacidad del hombre para superar cuantos desafíos pueda plantearse (incluido el de sobrevivir a la degradación ecológica y social causada por la borrachera del capitalismo desarrollista). Un ecologismo humanista, crítico y liberal en lo ideológico, socializante en lo económico, y profundamente democrático en lo político. Pero hay otra ecología que pretende retrotraernos al pasado, *arraigar* el hombre a la tierra, atarlo a la naturaleza, equipararlo a los cerdos o las piedras, con quienes estaría obligado a firmar una especie de *contrato natural* como sustituto del *contrato social* que sostiene la civilización occidental. Del nuevo contrato se derivarían leyes, dictadas no por la razón sino por la Naturaleza, que los nuevos druidas se encargarían de interpretar.

Como sabemos desde Hobbes que el *estado de Naturaleza* es no sólo el de todos contra todos, sino también el de la fuerza bruta, algunos ecologistas *de primera hora* nos asustamos viendo la bestia que ha engordado a nuestra sombra, fogocitando nuestras utopías. El nuevo Leviatán no está formado por hombrecillos, sino por minúsculos buitres y lobos. Es la bestia parda que a menudo esconde, tras su amor a la Naturaleza, un odio mortal contra la Humanidad. Cuidado con ella.

LO RURAL Y LO URBANO: CALIDAD DE VIDA

© Artemio Baigorri

(Abril, 1995, Charla en el I Curso de Gestores Culturales, Universidad de Extremadura)

Me toca hablar de dos cuestiones que, en la actualidad, son tremendamente ambiguas en la realidad existente. Intentaré hacerlo lo más caóticamente posible (me ayudará bastante la jaqueca que arrastro desde hace 48 horas), con la intención de aportarlas no tanto una clase como una carga de datos e ideas para la reflexión crítica y el debate.

En primer lugar la dicotomía rural-urbano. Desde que hace algo más de un siglo se inició la reflexión sociológica sobre las consecuencias de la Revolución Industrial, que provoca un proceso de acumulación de masas de población en las ciudades (es lo que conocemos como proceso de urbanización), esta dicotomía se viene planteando en términos de polarización radical, y luego de oposición. Pero sobre todo, y en el marco general del positivismo que desde su origen caracterizó al pensamiento sociológico, se ha venido tratando el tema en términos de sucesión histórica de etapas, y en consecuencia de jerarquización: si la revolución industrial traía el progreso económico a las sociedades, la urbanización conllevaba el progreso social. Y, desarrollando hasta el absoluto la lógica, lo rural suponía la decadencia económica y el atraso social.

Esta valorización no ha sido siempre explícita, pero ha estado desde luego latente en todas las grandes teorías sociológicas (de Spencer, Durkheim, Simmel, Tönnies, Redfield...), que han desarrollado esta dicotomía esencial. Así se hablase de solidaridad mecánica o solidaridad orgánica, de comunidad o asociación, de lo *folk* y lo *urban*, etc, aunque se manifestaba una preocupación por el tipo de desórdenes sociales provocados por la urbanización, se estaba poniendo en lo alto de la escala a lo urbano, y en lo más bajo a lo rural.

Desde el origen mismo de las ciudades medievales (antes de los últimos siglos de la Edad Media no puede hablarse propiamente de dialéctica rural-urbana, ni siquiera campo-ciudad), éstas supusieron (a pesar de que en su mayor parte eran, en términos actuales, auténticos villorrios) un avance objetivo hacia formas de organización social más democráticas y basadas en el imperio de la ley. Los marxistas atribuyen a Marx una frase que yo no he leído en él, pero sí en Weber, que es el primer sociólogo que hace una profunda crítica de Marx, y que parece ser estaba escrita en la puerta principal de una vieja ciudad alemana: "*El aire de la ciudad nos hace libres*". Y la ciudad ha posibilitado, ciertamente, una acumulación de capital y una concentración demográfica que ha hecho factible un incremento de la creatividad social. Y se ha puesto en la ciudad el origen de la democracia, ya desde la polis griega, a pesar de que, por apuntar una primera contradicción, en la actualidad es en las áreas rurales más deprimidas y despobladas donde únicamente podemos encontrar formas de democracia directa al estilo griego, bajo la denominación de *concejo abierto* que es como tienen la opción de funcionar (y de hecho lo hacen bastantes en el Norte de España) aquéllos municipios que no alcanzan tamaño suficiente para conformar un Ayuntamiento.

En los términos que estamos viendo, la definición e identificación de lo rural y lo urbano ha sido relativamente simple. Pero en la actualidad las cosas no son tan sencillas. El proceso de urbanización dejó de ser hace mucho tiempo un mero proceso cuantitativo para pasar a ser un proceso de carácter cualitativo. Si los sociólogos han hablado de *la urbanización como modo de vida* (como hizo Wirth, el primero que trató esta cuestión), es porque ya no puede verse en términos de acumulación demográfica, exclusivamente, sino en cuanto extensión de estilos culturales (entendida la cultura en un sentido antropológico, es decir como sistema de civilización). Es decir, **lo urbano ya no está únicamente en las ciudades**. Cuando algunos hemos hablado, hace años, de *la urbanización del mundo campesino*, queríamos expresar ese proceso que entonces veíamos como de colonización cultural, por el que las denominadas zonas rurales adquieren los modos de vida considerados urbanos, la tecnología de las ciudades. Pues, insisto en ello, la urbanización es un proceso indisoluble de la revolución industrial y el capitalismo: únicamente allí donde las formas de intercambio y de relación no sean de tipo capitalista podríamos hablar tal vez de cultura rural, es decir preindustrial, precapitalista.

De hecho, ¿qué puede significar hoy esa polaridad rural-urbano?, en un planeta donde se ha hablado ya de metrópolis, luego de megalópolis, y últimamente de ciudades-mundo. Cuando Peter Hall plantea la existencia de cuatro o cinco ciudades-mundo (Nueva York, el eje San Francisco-Los Angeles, París, Tokio, el eje del Rin y poco más) que constituyen el auténtico centro económico e intelectual del planeta, ¿qué sentido tiene que hablemos de lo rural y lo urbano?. ¿Es urbano Badajoz... y Sevilla o Zaragoza? ¿En qué diablos se asemeja Zaragoza a París, y no digamos a Tokio o Nueva York?.

Naturalmente podemos echar mano de definiciones, pero ninguna sirve, salvo como frágil muleta para mantener ficciones epistemológicas, supuestos campos científicos que no son sino refugio de anticuallas: sociología rural, sociología urbana, geografía rural, geografía urbana, ordenación rural, ordenación urbana... y ahora hasta turismo rural. El Instituto de Estadística, para censar y cuantificar a la población, habla de zonas rurales, zonas intermedias (algo que nunca nadie ha definido) y zonas urbanas. ¿Cuál es el criterio de clasificación? Pues como en casi todos los países, el tamaño demográfico del municipio. En todas las áreas metropolitanas hay sin embargo municipios clasificados como rurales que son únicamente dormitorios de la metrópoli, ¿son rurales?. Veamos un ejemplo mucho más cercano, inmediato para los de Badajoz. Dentro del gigantesco término municipal de Badajoz también hay zonas urbanas y rurales: ¿Las Vaguadas es una zona rural? ¿La barriada de Llera es una zona urbana?. Podríamos debatir largamente sobre ello sin llegar a acuerdos.

Voy a leeros un texto, que escribí hace quince años, y que creo que expresaba muy bien ese proceso.

.....TEXTO DE *BICICLETA*

En mi opinión, la clave está en las comunicaciones, como corresponde a la sociedad de la información que ha sustituido a la sociedad industrial. MacLuhan decía hace treinta años que *el medio es el mensaje*, y proponía la conformación del planeta en una especie de aldea global. El proceso no ha llevado a una aldea global (por ejemplo no hay un *Hola* de cotilleos planetarios, que sería el primer indicador de ese carácter aldeano del planeta global), sino más bien a una ciudad global, a lo que yo llamaría **la urbe global**, que es un continuum incabable en el que se suceden espacios con formas y funciones diversas, con mayores y menores densidades habitacionales, pero que en su totalidad participan de una u otra forma de la civilización y la cultura urbanas. Sólo en la medida en que un espacio se halle incomunicado podrá hablarse de cierta carga de ruralidad.

En consecuencia, hablar de calidad de vida en términos de la dicotomía rural-urbano es extremadamente difícil. ¿Queremos expresar que la vida en los supuestos espacios rurales tiene una calidad distinta de la de los espacios urbanos?. Volveremos irremisiblemente a lo mismo: ¿es Puerta de Hierro un espacio rural o urbano?. Cuando hablamos de calidad queremos hacer una radical distinción de la cantidad, es decir del nivel. ¿Es que no van irremisiblemente unidas nivel y calidad? ¿No decía Marx que sólo la acumulación cuantitativa provoca cambios y transformaciones cualitativas? Todo esto de la calidad de vida rural, ¿no será una especie de *philosophiae consolatio* de los intelectuales tercermundistas, o pauperistas?

Yo llevo unos cuantos años intentando desterrar algunos mitos, a menudo contradictorios. Pero como no soy especialista en derrocar mitos -procuro no ser especialista en nada-, no he logrado todavía mi objetivo al cien por cien, e incluso observo que renacen algunos mitos que posiblemente yo mismo, entre otros, haya contribuido modestamente a alimentar. Si durante un tiempo fue aquello de "*qué descansada vida la del que huye del mundanal ruido...*", con flores en el pelo, porros y mucho sexo, ahora implantamos científicamente la noción de que desde la ruralidad no se envidia a la urbanidad. Y esto constituye un nuevo mito, porque es esencialmente falso: no se envidia la cultura y el *nivel de vida*. urbanos allí donde ya se disfruta de ellos.

Yo he proclamado repetidamente, y esto sí creo que se ha asumido bastante extensamente en una región que hace sólo diez años todavía estaba ansiosa por *desarrollarse*, que esta tierra ofrece condiciones para *dar de vivir* dignamente al millón de personas que la habitamos. Pero, ojo, esto supone hacer de la necesidad virtud, y hacerlo desde presupuestos ideológicos que priman la austeridad, y la mínima desigualdad posible, sobre la mera riqueza. Mas, no nos engañemos, la aspiración del más humilde jornalero del PER extremeño debe ser alcanzar el **nivel** de vida del más cualificado obrero del metal de Barcelona. Porque **con un buen nivel la calidad de vida rural es más calidad**.

Al fin y al cabo, es de entre los denominados espacios rurales, en los más ricos y dinámicos donde se puede hablar de calidad de vida: es decir en aquellos que cuentan con medios para consumir la cultura urbana, y a la vez disfrutan de cierto entorno ambiental relativamente bien conservado. En suma, ni más ni menos que lo que disfrutan las clases adineradas en los denominados espacios urbanos, en las ciudades. Ahí está el meollo de la cuestión: un agricultor subvencionado de Valdelacalzada tiene mayores probabilidades de disfrutar de la cultura urbana que un jubilado de la Plaza Alta, o un parado de las Cuestas de Orinaza de Badajoz.

Podemos comentar algunos datos sobre calidad de vida, que pongan de manifiesto todas estas contradicciones.

..... *TABLAS DE LOS CENSOS Y DEL CIRES*

Naturalmente, y para terminar esta provocación a la crítica, podemos entrar en la cuestión clave: ¿es posible materialmente dar a todos el mismo nivel de vida que disfrutamos en las áreas urbanas, ricas y desarrolladas?. Posiblemente no, pero hay que intentarlo, o entraremos efectivamente en el fin de la historia que pronosticaba Fukuyama. Si no hay aspiración social no hay avances, no hay cambios, no hay nada... El desafío es intentar llegar lo más alto posible sin dejar de lado las dos premisas básicas del progreso social:

1.- Que debe llegar a todos por igual

2.- Que no debe hipotecar las posibilidades de nuestros descendientes (y recalco lo de nuestros descendientes, en lugar de ese término genérico, biologicista, antihumanista, de *las generaciones futuras*)

EL MALESTAR DEL BIENESTAR

© Artemio Baigorri

(Octubre, 1995, publicado en el diario EL PERIÓDICO DE EXTREMADURA, como ilustración 'sociológica' a un informe del periódico sobre realojos de viviendas en Cáceres)

El complejo socio-político que hoy denominamos Estado del Bienestar constituye un logro sin precedentes en la historia de la Humanidad. Si bien uno se ubica de partida en la Filosofía de la Historia de Kant, según la cual el mundo indefectiblemente progresa hacia a mejor, la evidencia nos muestra que, demasiado a menudo, el mundo parece *morirse de mejoría*. Por ello el que un conjunto de países mantenga su opción por la protección de los más débiles, en el marco de un amplio conjunto de derechos sociales y políticos, no cabe duda de que constituye tanto un motivo para la esperanza como una causa por la que merece la pena luchar.

Sin embargo, el Estado del Bienestar, tal y como hoy lo conocemos, no constituye en modo alguno un ideal. Perviven, aún dentro de ese grupo de países ricos, desarrollados, cultos y democráticos al que pertenecemos, lacerantes desigualdades e injusticias sociales. Y es en la *cuestión de la vivienda* donde más explícitamente se perciben hoy. El Estado del Bienestar ha satisfecho el justo imperativo de vivienda para todos; aunque la masiva afluencia de inmigrantes -propios y ajenos- está permanentemente a punto de bloquear la *máquina de la vivienda*, todavía alcanza el sistema a dar un techo a *casi* todo el mundo. Sin embargo, la dotación de un techo, esto es la modificación del espacio físico vital de la población marginada, no significa nada si ello no supone a la vez la salida del espacio social de la marginación. Cambiar físicamente de sitio a los grupos de marginales constituye un avance social importante, pero claramente insuficiente si socialmente permanecen en el círculo de la marginalidad.

Por ello, si bien no deja de ser cierto que se produce un acto de insolidaridad vergonzosa cuando vecinos de un barrio - seguramente beneficiarios antes ellos mismos del Estado del Bienestar-, se oponen a acoger en su entorno a grupos de realojados, no es menos cierto que la realidad es que siempre les toca a los mismos. Nunca se realoja un núcleo de chabolas en barrios de alto standing, por más que los Ayuntamientos disponen también de suelo en esos barrios, como producto de las cesiones previstas por la Ley del Suelo.

Por lo demás, las operaciones de realojo no son cosa nueva. Antes bien, están experimentadas desde hace muchas décadas, y cuantos análisis se han realizado a posteriori han mostrado la conveniencia de *romper*, con los procesos de realojo, los núcleos y redes de marginalidad, atomizando a los grupos realojados. Las leyes de vivienda han previsto incluso la inclusión de pequeños porcentajes de vivienda social en todas las operaciones residenciales que se benefician de alguna forma del apoyo público. Sin embargo, estos imperativos rara vez se cumplen. Se realoja a empujones, y los conflictos se suceden.

Por supuesto, este tipo de hechos también ayuda a los ciudadanos a percibir las desigualdades e injusticias que perviven en nuestras sociedades ricas, desarrolladas, cultas, justas y democráticas. La percepción de la desigualdad es un paso importante hacia la igualdad.